

DAGUERROTIPO

1850

“Hevia Julio de 1850/ C/le del Prado”

11,5 x 10 cm.

Nº Inv.: 4.852

Podemos definir la fotografía como la técnica, el arte y la industria de obtener y fijar imágenes mediante la acción de la luz en superficies sensibles a la misma. No se debe atribuir a una sola persona la invención de la fotografía, muchos fueron los pioneros que investigaron la luz, sus propiedades, las primeras cámaras o el proceso de conservación de las imágenes, pero es justo decir que Nicéphore Niépce y Louis Daguerre fueron esenciales para su descubrimiento.

En 1816 Niépce logra tener imágenes negativas sobre papel, vidrio y metal; aunque imperfectas, son sin duda las primeras fotografías de la historia. En 1829 Niépce se asocia con Daguerre y ambos intentan perfeccionar la cámara oscura y el proceso conseguido por el primero, pero su colaboración será efímera al morir Niépce en 1833. Dos años más tarde la casualidad compensa los esfuerzos de Daguerre al dejar una placa expuesta en un armario de productos químicos y pasados unos días observa sorprendido que en la misma aparecía una imagen nítida. En 1837 obtiene el segundo gran éxito al comprobar que podía lograr imágenes más permanentes al sumergirlas en una solución salina después de la exposición. Procedimiento científico para hacer el “*daguérreotype*” que el mismo nos explica: *“una plancha de plata y cobre, cuidadosamente pulida se expone a vapores de yoduro hasta que toma un color amarillento; se expone en un cuarto oscuro de 15 a 30 minutos (de acuerdo con la época del año y la hora), se coloca sin imagen visible sobre una taza que contiene mercurio calentado en una pequeña lámpara. Los vapores de mercurio van atacando las partes que toca la luz en proporción a la cantidad de luz recibida, inmediatamente se dibuja una imagen positiva que representa las áreas claras. Las partes descubiertas del metal y no tocadas por la luz, forman sombras. Lavada con agua caliente y salada se detiene la acción de la luz y se fija definitivamente la imagen”*.

Daguerre no consigue financiar el desarrollo industrial de su invento y acude al astrónomo Francois Arago en 1839 para que lo patrocine ante el gobierno francés. Este informa a la Academia de las Ciencias y el 7 de

febrero aparecen las primeras noticias en la prensa. La Cámara de los Diputados aprueba una pensión vitalicia para Daguerre de 6.000 francos y otra de 4.000 para el hijo de Niépce. Francia queda como dueña de la patente del invento y Arago en un famoso discurso ofrece al mundo, en nombre de su país, el descubrimiento del Daguerrotipo.

Nace oficialmente la fotografía el 19 de Agosto de 1839. Para el ciudadano del siglo XIX la imagen lograda constituía la realidad tal y como era, reproducida por una máquina y sin pasar por el ojo, la mano o el criterio subjetivo de ningún artista.

La capacidad de difusión fue realmente espectacular, los medios gráficos de entonces están en plena expansión y son pocos los periódicos del mundo occidental que no hacen referencia al invento y así la daguerrotipia se extendió rápidamente por Europa y América y luego por el resto del mundo. El eco del mismo fue tan rápido como profundas sus implicaciones en la vida científica, artística y cultural de la época.

En un principio la fotografía fue adoptada por la clase social dominante: industriales, banqueros, hombres de Estado, literatos, y sabios y poco a poco fue descendiendo a las capas de la mediana y pequeña burguesía a medida que se incrementaba la importancia de esas formaciones sociales.

El primer daguerrotipo documentado en España fue realizado en Barcelona por Ramón Alabern el 10 de noviembre de 1839 con una vista de la Lonja y la casa Xifré de Barcelona que no se conserva en la actualidad. Ocho días más tarde, Mariano de la Paz, Juan María Pou y José Camps repiten la hazaña en Madrid, fotografiando el Palacio Real. Sin embargo los pioneros no llegan a dedicarse a la fotografía de un modo profesional, siendo la mayoría médicos, científicos, catedráticos progresistas, movidos por una curiosidad puramente intelectual, sin pensar en convertir en un oficio lo que ellos consideraban una afición apasionante. Debieron de ser daguerrotipistas extranjeros los que retrataron a nuestros antepasados en los inicios del negocio fotográfico de nuestro país. Hombres que no llegan a consolidar gabinetes fotográficos en sus países de origen, Francia, Suiza y Alemania y que llegan a la Península en busca de un mercado virgen en el que trabajar sin competencias. La mayoría de ellos ejercieron su trabajo realizando, de paso, otros oficios, además de vender cámaras, ofreciendo “cortas lecciones” a los potenciales compradores. Estos iniciales cursillos, como los impartidos por Alabern en la Academia de las Ciencias de

Barcelona, sentarán las bases técnicas de los primeros fotógrafos españoles, sucesores de aquellos médicos y científicos liberales que trajeron a España la nueva daguerrotipia.

A mediados de siglo, decenas de daguerrotipistas –nacionales o foráneos– ejercen ya el nuevo oficio en casi todos los rincones de la nación, aunque será en Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Zaragoza, Pamplona y Santander donde arraigó más la práctica del retrato como industria.

La competencia se reflejará pronto en los precios, que descienden considerablemente, y que se fijaban atendiendo a la reputación del fotógrafo, de la ciudad, a la cantidad de personas retratadas, al colorido o al formato. Precios considerables en aquella época en relación al poder adquisitivo del posible cliente, entendiéndose que en un principio solamente acudían a los estudios miembros de las clases adineradas, con el fin de dejar testimonio de sus rostros solemnes, sorprendidos, inmovilizados en poses interminables.

El retrato fotográfico será uno de los géneros más utilizados, frente al paisaje o escenas de la vida cotidiana, ganando la partida al retrato pictórico. Aparte de la novedad y la perfección que proporcionaba, el precio es sensiblemente inferior al de las miniaturas pictóricas, que se cotizaban entre los 80 y 175 reales de vellón (frente al precio oscilatorio entre 15 y 60 que valían estos). Así que muchos pintores y grabadores se convierten en fotógrafos al ver disminuida su clientela y ante la perspectiva de que el nuevo invento los salvase de la posible ruina. Los fotógrafos improvisarán en los sitios más precarios, la calle, patios, plazas de toros y no dudarán en sacar las cámaras de los estudios para retratar a “domicilio”.

El daguerrotipo estudiado nos muestra el retrato de un personaje masculino en postura de tres cuartos. Está posando en un estudio y por la vestimenta de lujo que lleva deducimos que pertenece a una clase adinerada. Presenta una cierta rigidez en la pose y predomina la monocromía en la imagen, frente a los detalles accesorios (jarrón, libros y mantel) que vemos “iluminados”, trabajo que solía realizar el fotógrafo o un ayudante con mezclas de pigmentos y goma arábiga, tratando de conseguir un resultado cromático de mayor espectro. La placa presenta una inscripción grabada: “Hevia Julio de 1850/ Clle del Prado”. Está sellado por un vidrio negro para protegerlo de las posibles ralladuras dada la fragilidad de su superficie y va inscrito en un óvalo dorado. Se guarda en un estuche compuesto por

dos partes articuladas por bisagras, revestido en piel y forrado con un terciopelo rojo. Su uso era corriente en los daguerrotipos tanto para protegerlos como para crear la zona oscura necesaria para la correcta lectura de su imagen.

Como inconvenientes cabe decir que el tiempo de exposición era demasiado largo, el procedimiento costoso y peligroso por los materiales empleados, además, la limitación obvia del tamaño de las placas, la fragilidad y el carácter único de la obra harán que el daguerrotipo se extinga en poco más de dos décadas.